

LOS NAZARENOS

CAPÍTULO PRIMERO

Donde el lector comienza á hacer conocimientos con uno de los ricos hombres de la muy noble y muy leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala.

Aquellos de nuestros lectores que, por motivos de devoción, por negocio ó por simple curiosidad, hayan visitado la villa de Esquipulas, saben perfectamente que por una cuesta bastante empinada, que termina cerca de la población, se baja al valle pintoresco donde está situado ese lugar, tan célebre en todo el país. No son, seguramente, las dos ferias que se verifican en Esquipulas en diferentes épocas del año, las que le han proporcionado esa fama de que no disfruta otro alguno de nuestros pueblos. Es la antiquísima imagen de Cristo crucificado, que allá se venera, la que atrae millares de peregrinos, que acuden desde los puntos más distantes. Si la romería precedió á la feria, ó si ésta es anterior á aquélla, no lo sabremos decir con entera certeza; pero es lo más probable que la fama de los milagros obrados por el “Señor de Esquipulas” fuese atrayendo á los feriantes en pos de los romeros, y que la numerosa reunión de los devotos, que, según lo asegura uno de nuestros cronistas, pasaba en otros tiempos

de ochenta mil personas, abrió un campo vasto á la codicia de los especuladores. La imagen fué construída en la Antigua Guatemala, en 1595, por un célebre escultor portugués, llamado Quirio Cataño, y colocada en la iglesia parroquial de Esquipulas; siendo desde luego objeto de los más fervientes cultos. La piedad del Arzobispo Pardo y Figueroa hizo construir, andando el tiempo, un magnífico santuario, cuyas torres, que se elevan esbeltas sobre los cuatro ángulos del edificio, llaman la atención del viajero, que las divisa desde la cuesta que, como hemos dicho, domina todo el valle. Los acontecimientos que forman el asunto de esta narración, ocurrieron ciento tres años antes de que se concluyese el santuario, cuya dedicación se verificó en 1758.

El 14 de Enero de 1655, á eso de las cinco de la tarde, dos caminantes acababan de bajar la cuesta y estaban á muy poca distancia de las primeras casas del pueblo. El uno parecía tener de sesenta á sesenta y cinco años; era alto, bien formado y aunque bastante obeso, la elevación de su estatura hacía que no pareciese desproporcionado. El color del rostro y de las manos era moreno, aunque no tanto que pudiese dar lugar á que se tomara al sujeto por hombre de raza mezclada. Á primera vista se advertía que corría por sus venas sangre española, y que el tinte oscuro de sus facciones, era efecto de su temperamento, y más aún de la acción del sol, que había ido poco á poco tostando y ennegreciendo su cutis. La fisonomía de aquel individuo no presentaba rasgo alguno que pudiese revelar á un ojo observador uno solo de esos nobles instintos del corazón que, reflejándose en el rostro como en un espejo fiel, hacen interesante y atractivo el aspecto de un hombre. Todo parecía denotar en él un carácter irritable y dominante, la ausencia completa de la afición á los goces delicados que proporciona la inteligencia y una propensión marcada á la sensualidad. Vestía un jubón de camelote oscuro, con botones de acero y calzón de la misma tela; unas enormes

sobrebotas de montar, de ante color de canela, muy finas y bordadas de seda de colores vivos, le cubrían las piernas, subiendo hasta los muslos, donde terminaban en un gracioso recorte. Pendiente del lado izquierdo, llevaba una larga espada de esas que llaman de *guacal*. Anudado al derredor del cuello, sobre la gola de encaje, se veía un gran pañuelo blanco de algodón, bordado de colores, que usaban en aquellos tiempos casi todos los caminantes y que llamaban *pañó de sol*. Cubríale la cabeza un sombrero negro de lana, de faldas muy anchas y con plumas negras. El cabello, lo mismo que el bigote y la perilla del viajero, estaban ya completamente canos. Una capa muy corta, del mismo género del resto del vestido, completaban el traje, bastante lujoso para un caminante. Sobre la frente, atada con unas cintas, en derredor de la cabeza, tenía una visera ó antifaz de cartón forrado de tafetán verde, como para templar la fuerza de los rayos del sol, y defender los ojos, en los que se observaban todos los síntomas de una oftalmía muy aguda.

Al llegar al pie de la cuesta, el caballero, pues todo indicaba que por tal debía tomársele, se apeó, con más agilidad de la que hubieran podido prometer sus años, de la fuerte y hermosa mula que montaba. Una vez apeado el jinete, podía observarse la montura, que estaba en armonía con el traje de aquél. No es fácil describir la forma de la silla, pues toda ella estaba cubierta con una gualdrapa de ante del mismo color y con bordaduras idénticas á las de las botas del caballero. Sobre la rica mantilla salían las pistoleras, cuyas coberturas eran de paño carmesí, adornadas en toda la orilla con un fleco de oro. Por ambos lados descendían las correas de cuero negro, que sostenían dos curiosas estriberas de hierro cincelado y calado, que tenían bajo el hueco donde se apoyaba el pie, dos piezas que formaban ángulos agudos, con el vértice hacia abajo.

El otro individuo que, según hemos dicho, acompañaba al sujeto á quien hemos procurado describir, parecía tener menos

edad que éste; su traje era más sencillo, su cabalgadura y los jaeces mucho más modestos. Su aire era el de un hombre de la clase media, y su fisonomía, que estaba muy distante de ser abierta y franca, denotaba cierto grado de astucia y una falta completa de elevación de espíritu. Por la actitud respetuosa que conservaba delante del otro caminante, cualquiera habría comprendido desde luego que ocupaba en la escala social un rango inferior al de éste y que si no era un simple criado, por lo menos desempeñaría las funciones de administrador, mayordomo, ó dependiente de confianza.

Luego que se hubo apeado el caballero, acudió el otro á tomar la brida de la mula, que aquél puso en manos de éste con aire distraído, como quien estuviese acostumbrado á recibir semejantes servicios. Después de un breve rato de silencio, el caballero dijo con impaciencia dirigiéndose á su compañero :

— Gonzalo, tú que, gracias al diablo, tienes sanos los ojos, procura ver si divisas en el camino á ese condenado negro, que debía ya habernos alcanzado, y que no parece todavía. ¡Maldito sea él y toda su raza!

Al decir esto, apretó los puños y rechinó los dientes, como poseído de rabia; y podemos sospechar que si el individuo á quien se dirigía aquella imprecación se hubiera encontrado presente, no se habría limitado el caballero á aquel desahogo verbal, y que el pobre negro hubiera tenido que sufrir las terribles consecuencias de la cólera de su violento amo.

— Señor, contestó el otro después de haber mirado por un rato hacia la cuesta; no le veo venir; pero tal vez no tardará. Reflexionad que la jornada que hemos hecho hoy es de catorce leguas, y que por mucho que se haya empeñado Macao, no es fácil que llegue al pueblo antes de las ocho de la noche.

Aquella observación, hecha en el tono más comedido y humilde, lejos de calmar al hidalgo, no hizo sino aumentar su impaciencia. Así fué que, dando una fuerte patada en el suelo, dijo :

— ¡Por vida de Barrabás! Quince horas para andar catorce leguas, con seis de las mejores mulas de las cuatrocientas que tengo en el camino del golfo, ¿te parece poco todavía, y te atreves á disculpar á ese canalla, ladrón y borracho? Te prometo que en llegando á Esquipulas le he de despellejar vivo. Me arrepiento una y mil veces de no haberle metido en el molino, para hacerle criba, como estuve á punto de ejecutarlo, castigo que le tenía recetado y de que le libró, ¡Dios se lo perdone! aquel alma de cántaro de Fray Tomás.

Después de aquella andanada, el sujeto á quien se había designado con el nombre de Gonzalo, no consideró, sin duda, oportuno el replicar, ya que sus observaciones producían un efecto enteramente contrario al que se proponía, y adoptó el prudente partido de guardar silencio.

Dejaremos para el siguiente capítulo el hacer que nuestros lectores acaben de conocer al personaje á quien hemos puesto en escena y que debe representar un papel algo importante en esta narración.

CAPÍTULO II

El voto.

El Sr. D. Juan de Palomeque y Vargas, uno de los principales vecinos de la ciudad de Guatemala, y á quien ahora seguimos en el camino que conduce á Esquipulas, poseía, además de las cuatrocientas mulas que, según le hemos oído á él mismo, se ocupaban constantemente en la conducción de mercaderías del comercio entre la capital y el golfo dulce, grandes estancias de ganado mayor en la serranía de Canales, molinos de trigo en el valle de Mixco, unos ochenta esclavos y dos ó tres casas espaciosas en la ciudad; todo lo cual, con el dinero efectivo que se le calculaba, hacía subir su caudal á unos ochocientos mil pesos, más bien más que menos. Pertenecía á una familia antigua y respetable, de origen español, hoy enteramente extinguida; pero él había nacido en Guatemala. Era, con algunos años más, con un aumento considerable de bienes de fortuna y con sus malas propensiones bastante desarrolladas. el mismo sujeto á quien, por su nombre y apellido principal, y llamándole amigo suyo, menciona el padre Tomás Gage en el capítulo tercero del tomo segundo de la curiosa descripción de sus *Viajes en la Nueva España*. Los veinticuatro años que habían transcurrido desde que el buen religioso conoció y trató á D. Juan de Palomeque, lejos de haber dulcificado su carácter y moderado sus pasiones, le habían hecho más violento é intratable.

Don Juan era soltero y continuaba, á pesar de su edad, en la vida licenciosa de que habla también aquel anecdotista con su acostumbrada franqueza y semi-candorosa mordacidad. En el único punto en que las hábitos del D. Juan habían experimentado variación notable desde la época en que lo conoció Gage, era en aquella propensión al aislamiento y poco gusto por la vida de la capital que mostraba por los años de 1629. Palomeque fué haciendo poco á poco más frecuentes sus viajes á la ciudad, y al fin hubo de establecerse definitivamente en ella, yendo á sus haciendas muy de tarde en tarde. Verdad es que su presencia no era ya necesaria en las fincas, pues la fortuna le había deparado un hombre á medida de su deseo. Gonzalo Méndez, hijo de un antiguo arrendante de una de las posesiones de la familia Palomeque, llamó la atención del amo por su vivacidad é inteligencia para el manejo de las cosas del campo; y de simple caporal, fué elevado al rango de administrador, y lo que es más, de confidente del patrón. Era, según decían, su brazo derecho, le había pisado la sombra y hacía lo que quería de su señor.

Los ociosos y malintencionados, de los cuales había ya un número algo considerable en aquellos dorados tiempos, atribuían á diferentes causas la influencia que ejercía Gonzalo sobre D. Juan. Unos decían que el criado tenía cogido al amo en negocios de la mayor gravedad, y á eso atribuían el favor de que aquél disfrutaba; otros, juzgando más caritativamente, suponían que Gonzalo era hijo bastardo de D. Juan, sin advertir que la diferencia de edades no era tal que pudiese autorizar aquella sospecha; y por último, no faltaban algunos, y esa era la opinión más acreditada, que aseguraban que el astuto administrador tenía pacto con el diablo, que era un grandísimo hechicero, y que á fuerza de brujerías y de sortilegios, había logrado dominar al caballero. No sabremos decir cuál de esas aserciones fuese la verdadera; lo cierto es que D. Juan de Palomeque y Gonzalo Méndez eran uña y carne, y que, aun

cuando se murmurase del administrador, todo el mundo le mostraba consideración y le bailaban el agua, llamándole por ironía el amo de su amo.

Ya fuese resultado de algunos excesos, ó ya porque Dios quiso, Palomeque había comenzado á sufrir de una aguda flu-xión de ojos, que fué agravándose, hasta tomar el carácter de una verdadera oftalmía. Los más hábiles facultativos de la capital, los adivinos ó *zajorines*, como los llamaba el pueblo, más acreditados, habían ensayado en vano sus medicinas y bebis-trajos, sin alcanzar á curar al pobre caballero, que por último se había decidido á ofrecer una visita al Señor de Esquipulas, en quien fiaba ya únicamente su restablecimiento. Tal era, pues, el objeto de aquella devota romería, que D. Juan debió haber emprendido con un espíritu más humilde y cristiano que el que le hemos visto mostrar en los momentos en que estaba para llegar al término de su peregrinación. Pero es el caso que Palomeque había acompañado á la oferta de la visita, la de una cadena de oro de tres varas de largo y del correspon-diente grosor; y mediante esa dádiva aquella alma mezquina consideraba el asunto de su curación como un simple *negocio* entre el Señor de Esquipulas y él. De consiguiente, juzgaba que si obtenía su restablecimiento, quedaría tan obligado al Señor, como lo estaría respecto á un marchante que le com-prase por su justo precio la cosecha de trigos del año, ó al que le tomase doscientas mulas á flete.

Resuelto á observar todas las formalidades del contrato, acababa de echar pie á tierra, y no bien hubo concluído con sus imprecaciones contra el esclavo conductor del equipaje, cuya tardanza le sacaba de su juicio, Palomeque se puso de rodillas, y en aquella devota actitud, tan poco conforme con el estado de su alma, comenzó á andar lentamente el corto espacio de tierra que le separaba de la iglesia. Gonzalo seguía á poca distancia con las cabalgaduras.

— Señor de Esquipulas, decía el caballero, tú no has de ser

como esos malditos médicos de la ciudad, que tanto me han martirizado inútilmente. De tu mano espero únicamente la conservación de mi vista... Gonzalo, ¿no viene ese perro caribe todavía?

El administrador movió la cabeza en señal de negación, y Palomeque añadió con ira :

— Le voy á desollar, por vida de la madre que me parió... Señor, ahora tienes una ocasión para acreditarte y hacer que aumente la devoción y las ofrendas de los peregrinos... ¡Maldito negro!... Pintarán el milagro en un cuadro que pondrán en la pared de la iglesia, y la fama llegará hasta México... Una cadena de oro de valor de ciento y tantos pesos no es para desperdiciarse; y con sólo querer tú, Señor mío Jesucristo, yo quedaré bueno y sano. Es mucha la falta que me hace la vista; ¿qué será de mis intereses si la pierdo?... ¿No parece, Gonzalo, con todos los diablos?

Al decir esto, el obcecado caballero había llegado delante de la puerta de la iglesia, donde se agrupaba multitud de peregrinos, que, justo es decirlo, acudían á pedir el alivio de sus males ó el socorro de sus necesidades, con un espíritu muy diferente del que inspiraba á aquel mal caballero.

Los últimos rayos del sol, próximo ya á ocultarse detrás de los elevados cerros que circulaban el valle, iluminaban con claridad dudosa el grupo de peregrinos arrodillados delante de la iglesia, que ocupaban centenares de devotos. Gonzalo Méndez, después de haber atado á un árbol las dos mulas, se colocó delante de su patrón, para hacerle paso, entre la masa compacta de los romeros, que empujados por el administrador, caían á un lado y á otro, abriendo calle al orgulloso señor, que continuaba caminando de rodillas, pues tal era el voto que había hecho al salir de Guatemala. Llegó por último á situarse delante del camarín, donde estaba colocada la imagen. Don Juan hizo una breve oración y depositó la cadena al pie del

crucifijo. Instantáneamente el velo opaco que cubría sus ojos desapareció como por encanto, y sintió al mismo tiempo como si un aura suave hubiese templado el fuego ardiente que abrasaba sus pupilas. Estaba físicamente curado; pero el desgraciado conservaba la peor de las cegueras : la del alma.

CAPÍTULO III

La cadena.

Palomeque salió de la iglesia lleno de gozo y se dirigió á la casa que se le tenía preparada, y que era una de las mejores del pueblo. Si en aquel momento se hubiese presentado Macao, tal vez se habría salvado del castigo; porque ¿quién es el hombre tan duro de entrañas que no se sienta inclinado á la compasión en los momentos en que su alma aspira á torrentes la felicidad? Pero la desgracia del pobre negro quiso que retardase su llegada cuatro horas más. La casa estaba sin muebles, pues camas y butacas venían con el equipaje; y D. Juan tuvo que permanecer todo aquel tiempo en pie, abrumado de cansancio y lleno de impaciencia.

Á las diez de la noche se oyó el chasquido del látigo del desventurado conductor de las mulas; y no bien lo hubo escuchado Palomeque, se lanzó á la calle precipitadamente. El negro, cubierto de sudor, fatigado con la jornada de catorce leguas que había rendido á pie, haciendo esfuerzos sobrehumanos para lograr que anduviesen las mulas, tres de las cuales se habían cansado, estaba apoyado en una de las bestias, que acababa de descargar. La luna alumbraba el rostro del esclavo, en el que se pintaba la expresión del más profundo abatimiento. Cuando vió que el amo se dirigía hacia él rechinando los dientes y apretando los puños de rabia, Macao se incorporó y, cruzando los brazos sobre el pecho, aguardó impasible á su señor.

— Negro condenado, dijo D. Juan, ¿por qué vienes hasta ahora?

— Señor amo, contestó Macao, sin variar de actitud, tres de las bestias se cansaron, y nada bastó á hacerlas andar más de prisa.

— ¿Y por qué no pusiste la carga sobre tus hombros, perro vil? contestó fuera de sí Palomeque, ¿crees que vales algo más que una de mis mulas?

Al decir esto el caballero, agarró al esclavo por el cuello y, á pesar de la corpulencia y vigor del negro, dió con él en tierra y le molió las espaldas á coces. En seguida tomó el látigo con que arreaba las mulas y le azotó cruelmente durante más de un cuarto de hora. El dolor no arrancó un solo gemido á aquella desventurada criatura, en cuyo rostro pudiera haber visto cualquiera que se hubiese tomado el trabajo de examinarlo, las muestras inequívocas de un odio reconcentrado y de una sombría desesperación.

Cuando el cruel amo hubo desahogado su cólera, mandó á otros cuatro criados que venían con Macao, que atasen á éste fuertemente á un árbol que había en el patio de la casa, para que pasase allí la noche y continuar el castigo al siguiente día. Palomeque fué obedecido inmediatamente y el negro se dejó ligar, sin oponer la más pequeña resistencia. Hecha esta operación, aderezado el lecho del caballero y servida la cena, Don Juan recobró en gran parte el buen humor en que le había puesto su repentina y milagrosa curación, y después de haber conversado un breve rato con Gonzalo, se metió en la cama y no tardó en caer en profundo y tranquilo sueño.

Dos horas después todos dormían en la posada del rico caballero; todos, menos el desgraciado que se encontraba atado á un árbol, como una bestia feroz. Macao velaba y meditaba. Luego que pudo convencerse de que amos y criados estaban ya entregados al sueño, comenzó á trabajar por desasir una de sus manos de la ligadura que la sujetaba; y al fin,

después de cerca de una hora de pacientes esfuerzos, logró quedase suelta la izquierda. El esclavo sofocó un grito de alegría feroz, que estuvo pronto á escapársele; metió la mano bajo la correa de cuero crudo que le servía de ceñidor y sacó un pedacito de *chaye*, ú obsidiana, y con el filo de esa piedra fué cortando poco á poco el cordel que le sujetaba la derecha. Pudo al fin romper la cuerda, y libres ambas manos, con la mayor facilidad desató las ligaduras de la cintura y de las piernas. Púsose en pie con ligereza, cruzó los brazos como lo había hecho cuando esperaba á su amo, y dirigió hacia la pieza donde dormía el caballero una mirada semejante á la que echaría una pantera herida al cazador, ya inerme, á quien se preparase á devorar. Los criados ocupaban un rancho ó galera que estaba en el patio. Allá se encaminó Macao con cautela, y como la servidumbre estaba rendida de fatiga, pudo llegar sin ser advertido y tomó uno de los mosquetes con que iban armados los criados libres. Luego que se hubo apoderado de aquella arma, el negro se dirigió al cerco de arbustos que cerraba el patio de la casa, y salvándolo con la mayor facilidad, se encontró en la calle y se salió inmediatamente de la población, tomando el mismo camino por el cual acababa de pasar. Subió lentamente, con su mosquete al hombro, como unas quinientas varas de la cuesta, y apartándose del camino real, se internó en un bosquecillo, en un sitio de los más ásperos y agrestes de aquellos contornos. Desgajó dos ramas de un árbol y las despojó de los retoños pequeños. Después hincó en tierra los extremos y, reuniendo las otras puntas, formó una horquilla, atando los dos palos con su ceñidor. Hechos estos preparativos, se sentó tranquilamente, con el mosquete atravesado sobre las piernas, y se puso á contemplar, con la impasibilidad que parecía ser el rasgo dominante de su carácter, el horizonte infinito, que la aurora comenzaba á teñir de gualda y de carmín.

Entretanto el administrador y los criados de Palomeque, gente acostumbrada á madrugar, se habían levantado ya y

advertido la fuga del esclavo y la falta del mosquete. Dos horas después, el amo estaba también en pie y recibía el informe de la desaparición del negro. Don Juan no parecía dar demasiada importancia á aquel incidente. Dijo que el temor del castigo que tenía merecido era únicamente el que había originado la fuga del esclavo, y que habría tomado el mosquete para cazar algunos venados en el monte. Por último, expresó su convicción de que Macao debía haberse ocultado en alguna de las inmediaciones opuestas al camino real, por donde el caballero debía regresar. Hechos estos cálculos, el hidalgo hizo llamar á su presencia al alcalde del pueblo, le dió cuenta de lo ocurrido y le encargó, ó por mejor decir le previno que hiciese salir la ronda en busca del fugitivo, indicándole los puntos donde le debían encontrar, enteramente opuestos á aquel en que se hallaba el negro. Después, D. Juan no volvió á pensar en Macao, seguro de que no tardaría la celosa autoridad en presentarle su víctima, atada como una bestia salvaje.

El viaje de Palomeque no tenía otro objeto que el cumplimiento del voto solemne hecho al Señor. Así, dispuso descansar en Esquipulas aquella mañana y salir, después de comer, de regreso á Guatemala. Á las tres de la tarde las mulas de carga estaban listas y las de silla aguardaban, enjaezadas ya, en el patio de la casa. Después de haber dormido la siesta y recibido los informes del alcalde, que no había podido dar con el fugitivo, Palomeque montó, vomitando injurias y amenazando al pobre funcionario con terribles castigos, si dentro de ocho días, á más tardar, no le remitía á Macao bien asegurado. Púsose en camino, con Gonzalo, siguiéndolos el equipaje y criados á unos cincuenta pasos. La conversación del amo y el administrador recayó pronto sobre los prodigios obrados por la bendita imagen y en particular sobre aquel con que se veía favorecido el caballero, que de seguro iba á hacer mucho ruido en todo el reino. En esta conversación iban engolfados, cuando se acercaron á una estrecha garganta dominada por la

espesa arboleda desde la cual acechaba Macao, completamente oculto. Habiendo podido divisar á su amo desde que comenzó á subir la cuesta, el esclavo, resuelto á tomar una terrible venganza de tantos ultrajes, se puso en pie, examinó el arma, y convencido de que todo estaba en regla, hizo descansar el cañón sobre la horqueta que había formado, y esperó tranquilamente que pasase el amo.

— ¡ Qué chasco, Gonzalo ! decía D. Juan burlándose con buen humor ; ¡ qué chasco para los doctores, el verme volver completamente curado ! Ya se convencerán de que no hay gota serena, ni nubes, ni cataratas que valgan. ¡ Y ver que me han chupado esos judíos más de ochocientos pesos entre honorarios y medicinas ! ¿ Qué dirán ahora esos mentecatos ?

— Señor, contestó el administrador, lo principal es vuestro restablecimiento y dejad que los facultativos digan lo que quieran. Por lo demás, no puede negarse que lo que no alcanza la sabiduría humana, es porque está reservado al poder de Dios. Así, señor amo, dad infinitas gracias al Señor de Esquipulas, y sed siempre devoto suyo.

— ¡ Gracias al Señor de Esquipulas ! replicó el hidalgo, con una carcajada irónica ; gracias más bien á mi cadena de oro, querrás decir.

El administrador volvió la cabeza horrorizado, al escuchar aquellas expresiones, en que la ingratitud iba agravada por la blasfemia ; y no contestó una sola palabra.

Al pronunciar la impía frase, D. Juan metió la mano derecha en el bolsillo del calzón, y al momento la retiró horrorizado, sacando un objeto que jamás hubiera imaginado encontrar allí. ¡ Era la cadena de oro que el día anterior había colocado á los pies de la imagen de Jesucristo ! Don Juan vió perfectamente aquella alhaja, enrollada en sus dedos como una culebra, y luego que la hubo visto y reconocido perfectamente, una densa oscuridad cubrió sus ojos, como si el sol se hubiese hundido

repentinamente en el horizonte. Palomeque dió un grito de horror y exclamó :

— ¡ Ciego ! completamente ciego ! ¡ Ah ! ¡ desventurado !

Al decir esto, cayó de la mula, en brazos de Gonzalo, que se había apresurado á socorrerle. En aquel mismo instante se oyó la detonación de una arma de fuego, y una bala, disparada desde la montaña que dominaba la cuesta, pasó silbando sobre la cabeza del hidalgo; pero sin tocarle. El tiro estaba perfectamente dirigido; el movimiento que hizo Palomeque al caer, le salvó de la muerte.

Aturdido el administrador con el extraordinario suceso que acababa de privar á su amo de la vista, apenas puso atención de pronto en el incidente del tiro. Llamó á los criados para que le ayudasen á socorrer al caballero y viendo la cadena, que permanecía enrollada en los dedos crispados de la mano de D. Juan, murmuró entre dientes, con una sonrisa irónica :

— El Señor de Esquipulas ha deshecho el trato.

CAPÍTULO IV

La tertulia del Presidente.

Más de dos meses habían transcurrido ya desde el día en que se verificó el extraordinario acontecimiento que hemos referido en el capítulo anterior. El asombro de la noticia que aquel prodigio había causado en todo el país, fué el que debía esperarse; refiriéndose por todas partes y pasando de boca en boca, más maravilloso aún por los pormenores, enteramente fabulosos, con los cuales se le acompañaba. No obstante el escándalo que el hecho había producido, la importancia social de Palomeque hacía que no se hablase de él sino sigilosamente, contribuyendo aquellas precauciones á hacer más misterioso y extraño el acontecimiento. Nadie se había atrevido á hablar de él al hidalgo, quien se limitaba á atribuir su completa pérdida de la vista á la irritación causada por el sol en su viaje á Esquipulas. Por lo demás, el caballero, lejos de aprovechar aquel castigo del cielo, se mostraba más y más dominado cada día por las malas pasiones que se habían enseñoreado de su alma.

Pero dejemos por un momento á ese desventurado hidalgo, á quien poco tardaremos en volver á encontrar, y entremos ya á hacer conocimiento con otros personajes de los que han de figurar en esta historia.

Una de las últimas noches del mes de marzo de aquel año, que, como ya hemos dicho, era el 1655, domingo de Pascua de

Resurrección, se esperaba una reunión escogida y numerosa en los salones del palacio del Presidente y Capitán general del reino. La sala principal, destinada á las tertulias y saraos, estaba toda tapizada con ricos guadamaciles, que eran unas piezas de cabritilla adobada, en que estaban estampadas con prensa varias figuras. Grandes espejos de marcos de vidrio azogado adornaban el salón, en cuyas dos testeras se veían dos cuadros de la escuela sevillana, que representaban al monarca reinante, Felipe IV, y á la archiduquesa Dña. María Ana de Austria, su segunda esposa. Había también en los intersticios que dejaban los guadamaciles, algunas buenas pinturas de pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, en cuadros de marcos preciosos de concha, de carey y de plata, curiosamente cincelada. Los muebles eran enteramente del gusto de la época. Grandes canapés, sillas y taburetes de nogal, forrados de terciopelo de Utrecht, mesas de la misma madera, alfombras y los demás objetos que constituían en aquellos tiempos el lujo y la elegancia de las habitaciones de los grandes personajes.

Los otros dos salones, más pequeños y alhajados con menos esmero, estaban destinados al juego. Estas tres piezas eran las que quedaban en el segundo piso, entre la puerta de los coches y la esquina de la Catedral, haciendo frente al Seminario, y que hoy se ven en el Palacio de la Antigua completamente arruinados.

Eran las siete de la noche; los salones estaban ya iluminados por la luz de centenares de bujías, colocadas en arañas y candeleros de plata. Dos caballeros conversaban paseándose por la sala del sarao. El uno tenía setenta y cinco años; su aspecto era distinguido, y aunque su fisonomía no revelaba expansión y franqueza, había en toda su persona algo que dejaba ver desde luego al hombre de elevada condición social. Vestía un traje de terciopelo leonado y ostentaba sobre el jubón la espada roja y la cruz verde flordelisada, que denotaban pertenecer el

que llevaba aquellas insignias á las órdenes de Santiago y de Alcántara. El otro caballero, muy parecido en el rostro al anciano, indicaba tener unos cuarenta años; vestía un traje militar y llevaba al pecho la cruz llana de gules en una medalla de oro cuadrada, pendiente de un ángulo, distintivo de los caballeros de la orden de Montesa. Cualquiera que no hubiese conocido á aquellos dos señores, no habría vacilado al verlos, en asegurar que fuesen padre é hijo. Y era así en efecto. Llamábase el anciano D. Fernando en Altamirano y Velasco, Conde de Santiago de Calimayá, á la sazón Capitán general del reino de Guatemala y Presidente de su Real Audiencia. El otro era su hijo D. Enrique, Adelantado de Filipinas.

— ¿Y vendrán todos esta noche? preguntaba el Conde al Adelantado, con aire inquieto.

— Pienso que sí, señor, respondió D. Enrique. Además de vuestra invitación, tienen recomendación especial mía de no faltar.

— Bien, Enrique, dijo el Presidente; apruebo todas tus medidas; es necesario oponer la astucia á la intriga, y sirviéndonos siempre de algunos de estos hidalgos orgullosos, ir adelante en nuestros proyectos. Sobre todo, conviene no descansar hasta coger los hilos de esa vasta y misteriosa asociación, cuya existencia me ha sido denunciada, en la que, según me dicen, están afiliados muchos de los sujetos más importantes del reino, y cuyos planes verdaderos y jefes principales no se han llegado á descubrir.

— No dudéis, señor, replicó D. Enrique bajando la voz, como si temiese ser escuchado; no dudéis que anda en todo esto la mano de D. Diego de Padilla, quien jamás podrá perdonaros las señaladas pruebas de deferencia que, de algún tiempo acá, habéis dado á toda la familia de sus rivales, los Carranzas. Don Diego, bajo ese exterior afable y cortés, tiene muy malas entrañas y oculta las más péfidas intenciones.

Por lo demás, señor, esa discordia nos conviene, y persuadido de eso, he procurado fomentar el odio hereditario que existe entre esas dos familias altivas. Esta noche se encontrarán aquí los individuos de los dos bandos, y podremos juzgar del efecto que hayan podido hacer mis últimos trabajos. Veremos... pero oigo ya los coches en el patio. Comienzan á llegar los convidados.

Era así efectivamente. Los primeros que se presentaron en el salón fueron D. Pedro Criado de Castilla y D. Simón Frens Porté, caballero del hábito de Santiago, que desempeñaban aquel año los importantes cargos de Alcaldes ordinarios. En seguida fueron entrando otros muchos sujetos principales, entre ellos los oidores, individuos del Ayuntamiento y otros funcionarios. D. Francisco de Fuentes y Guzmán, y su hijo el futuro cronista del reino, que á la sazón tenía doce años de edad ; los Aguilares de la Cueva y los Guzmanes de Alvarado, descendientes del Adelantado por su hija Dña. Leonor que casó con D. Francisco de la Cueva ; los Laras Mogrobejos ; los Vázquez de Coronado ; los Cárdenas de Mazariegos ; los Gálvez ; los Arrivillagas y otros muchos caballeros de la primera nobleza, acudieron á la tertulia del Presidente, con sus esposas é hijas. Con distinción cortesana hacía los honores de la casa la bella Dña. Elvira de Lagasti, esposa del Adelantado de Filipinas, única señora que habitaba en Palacio, pues el Conde de Santiago era viudo hacía muchos años.

Á las nueve de la noche veíase reunido en los tres salones cuanto había en Guatemala en aquella época de más notable por el rango, por la sangre y por la belleza. Dña. Elvira de Lagasti presidía aquella pequeña corte, desde el estrado, donde estaba rodeada de varias damas principales, colocadas en ricos taburetes, teniendo en derredor un extenso círculo de jóvenes señores. Los de más edad habían acudido á las salas destinadas al juego, en una de las cuales estaba el Conde y en la otra su hijo el Adelantado. En el grupo de caballeros que ro-

deaban el estrado se veían tres jóvenes, como de veintidós años el mayor, y algo menores los otros dos, que conversaban, cogidos de las manos con amistosa familiaridad. Llamábase el de más edad D. Fadrique de Guzmán y Alvarado, vástago de una familia ilustre, siendo, como era, descendiente del conquistador. El otro era D. García de Altamirano y Contreras, hijo del Adelantado de Filipinas, habido en un primer matrimonio, predilecto de su anciano abuelo, y el tercero llamábase Don César de Carranza y Medinilla, también de una de las principales familias del reino.

Dña. Elvira, aunque había cumplido ya veintinueve años, conservaba todo el brillo y la frescura de la primera juventud. Era de mediana estatura, pálida, de ojos avellanados, y su cabello, de un blondo oscuro, caía en elegantes rizos sobre el cuello perfectamente delineado. En un grupo de cincuenta ó sesenta jóvenes, la mirada del hombre más frío é indiferente se habría detenido de seguro en aquella mujer encantadora, de la cual era muy difícil separar los ojos, una vez que se hubieran puesto en ella. Vestía un traje de terciopelo color de cereza, con corpiño de tisú de plata, cortado conforme á las reglas más rigurosas de la moda de la época. Dña. Elvira había residido durante algún tiempo en Madrid, habiendo sido su madre camarista de la princesa Isabel de Francia, primera esposa de Felipe IV. Los más claros ingenios de aquella corte caballesca y literata, admitidos en el Buen Retiro por el Rey poeta, habían puesto á los pies de Dña. Elvira el homenaje de su talento, y varios de los jóvenes señores más distinguidos por su posición y por su cuna, solicitaron su mano, sin que ella pareciese participar del afecto que inspiraba. Su familia se decidió al fin á casarla con el hijo mayor del Conde de Santiago de Calimaya, que, aunque viudo, era todavía joven, pero á quien Dña. Elvira conocía apenas, y por quien sintió la más invencible repugnancia desde el momento en que le vió. Tuvo, sin embargo, que obedecer á sus padres y entregó su mano al

que estaba muy distante de poscer su corazón. Don Enrique de Altamirano, por su parte, no tardó en convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos para conquistar el amor de su esposa, y pronto llegaron á ser completamente indiferentes el uno para la otra. El Adelantado se ocupaba exclusivamente en el juego y en las intrigas políticas, y Dña. Elvira iba cayendo poco á poco en una languidez mortal, hija del fastidio intolerable que roía su alma. Este había subido de punto desde el mes de mayo del año 1654, en que llegó á Guatemala, en compañía de su esposo y del Conde, que había obtenido la gobernación del reino; y durante los primeros meses de su residencia en el país, permaneció completamente retirada, llegando su salud á resentirse seriamente de aquella situación. Pero desde principios de 1655, la bella señora cambió repentinamente su método de vida. Se relacionó con las familias notables, tuvo reuniones brillantes y recobró como por encanto la alegría. En vano se procuró adivinar la causa de tan súbita variación; ella era un misterio aun para el esposo y para el padre político de la joven señora, que procuraban empeñosamente fomentar ese gusto por la sociedad que mostraba Dña. Elvira y de que participaban así el anciano como su hijo.

La joven parecía aquella noche inquieta y distraída; y si bien procuraba mantener la conversación y dirigía á señoras y caballeros expresiones corteses y delicadas, un observador atento habría podido advertir sin gran dificultad que su pensamiento íntimo estaba muy distante de aquel grupo de jóvenes que se esforzaban por agradarla.

Entre éstos había uno que, dirigiéndole la palabra muy de tarde en tarde y con visible timidez, casi no separaba sus ojos de la bella dama. Era éste el hijo de su marido, D. García de Altamirano, quien, como hemos dicho, se encontraba en el círculo, en unión de sus dos íntimos amigos, Guzmán y Carranza.

Á medida que avanzaba el tiempo, la inquietud de Doña

Elvira subía de punto, y la frente de D. García parecía cubrirse de una espesa nube. Á eso de las diez se oyó el ruido de un coche que entraba en el patio. Dña. Elvira, que conversaba con la esposa de D. Pedro Criado de Castilla, guardó silencio y pareció concentrar todas las facultades de su alma en un solo objeto, fijando la vista en la puerta principal del salón que daba á la escalera. Podían haberse contado los latidos de aquel corazón agitado por la más violenta tempestad; pero afortunadamente para ella, aquella escena muda no encontraba, en aquel grupo de personas indiferentes y alegres, más que un solo testigo, cuya mirada dolorosa y penetrante parecía leer en lo más íntimo del alma de la joven. Ese testigo era D. García.

Las puertas del salón se abrieron de par en par y un lacayo de Palacio, vestido con una lujosa librea, dijo en voz alta :

— El Gobernador D. Rodrigo de Arias Maldonado.

Sensación notable produjeron aquellas pocas palabras en las señoras que ocupaban el estrado. Aun las menos pretensiosas dirigieron con disimulo una mirada á los espejos, como para cerciorarse de que sus trajes y tocados estaban en toda regla. Dña. Elvira únicamente no mostró aquel instinto de coquetería femenina ; un ligero rubor encendió sus mejillas, fijó los ojos en otra parte y dejó caer el abanico, objeto cuyo uso había sido recientemente importado de Francia en España. Uno de los caballeros que estaban más inmediatos se apresuró á recogerlo.

Don García, pálido y profundamente abatido, exhaló un suspiro y se apoyó en el brazo de D. César, á quien dijo en voz muy baja y balbuciente :

—¿ Puedes dudarlo todavía ?

Dejaremos para más adelante el hacer conocer á nuestros lectores el notable personaje que acababa de entrar en escena.
